

# COPARTICIPE

## DE LA

# LIBERTAD

La agencia Cifra nos demuestra que el Rey de Dinamarca, según la Constitución, «debe pertenecer a la Iglesia evangélica luterana», que «Isabel II se hace cabeza de la Iglesia de Inglaterra y se excluye a los católicos de ocupar el Trono Inglés», que en Islandia «la religión evangélica luterana es la religión del Estado», que el Rey de Noruega «dará las directrices para todo el pueblo en lo que concierne al servicio público divino», que en Suecia «el Rey deberá profesar siempre la pura doctrina evangélica». La agencia Cifra viene a demostrarnos nuestra modernidad. No sólo estamos homologados constitucionalmente con la Europa comunitaria, sino que vamos por delante, porque sólo hacemos referencia en la Carta a las «creencias religiosas de la sociedad española», sin aludir concretamente a ninguna confe-

sionalidad. Pero el arzobispo de Zaragoza ha dado el segundo aviso sobre el disgusto de la Iglesia ante el borrador constitucional. Y Dios nos libre, pueblo, de los estalinistas, los joveletaristas, los mendizabalistas, los azafistas y de los jacobinos que digan que España —aunque sea con eufemismos— ha dejado de ser católica. Además de un antimilitarista —que intentó ingresar en la Academia—, Azaña fue un anticlerical que estudió en los agustinos, y Stalin fue seminarista en Georgia. Y tras las desamortizaciones del siglo XIX venían los intentos de reestablecer la Inquisición. Tras los anticlericales, los iluminados. Tras Azaña, el cardenal Segura. Que las Cortes, en el definitivo borrador, no olviden que nacimos de la Contrarreforma, y que la Iglesia católica ha hecho después del Vaticano II una contrarreforma:

un remozamiento espiritual y social. Se dice que esta Constitución se ha hecho con consenso: que estaban todas las fuerzas político-sociales. Pero faltaba la púrpura y el anillo. Y si es verdad que no tropezaremos dos veces en el siglo XIX ni en los años treinta, y que sabemos a dónde conducen los iluminados, y la alarma de los laicos ante las «manos muertas», y los que niegan el culto a la Virgen y al Sagrado Corazón, no espereemos al tercer aviso del Vaticano. La fuerza social de la Iglesia, su capacidad de propaganda y de convocatoria, su tenacidad en los últimos años en la lucha contra la dictadura, la hacen imprescindible coparticipe de la libertad instaurada. Aunque esta vez no haya púrpura en los asientos del Congreso, debe mirarse la lengua de fuego.

Raúl DEL POZO